

El diorama imperfecto

Breve selección de poemas de Vladimir Amaya

Bajo el título de « El diorama imperfecto» presento una breve muestra de mi obra publicada hasta la fecha, e incluyo dos textos inéditos. Los poemas ya editados provienen de poemarios salidos de las imprentas entre los años 2010 y 2014. Al detalle: Los poemas «Túmulos del alma» y «Mujer barbuda» fueron publicados en *Los ángeles anémicos* (Editorial EquiZZero, Soyapango, 2010); los textos «La hermana menor» y «El panadero acribillado» han sido extraídos del poemario *Agua inhóspita* (Colección Revuelta, volumen II, San Salvador, 2010); por su parte, «Las botas verdes» y «Para un epitafio» proceden del libro *La ceremonia de estar solo* (Leyes de Fuga Ediciones, San Salvador, 2013); «Brenda» y «Griselda» son poemas publicados originalmente en *El entierro de todas las novias* (Editorial Universitaria, San Salvador, 2013); por último, «Doña Mono» y «Pestis Magna» son textos que pertenecen al poemario *Tufo* (Laberinto Editorial, San Salvador, 2014). Los textos sin título y conocidos generalmente como «Mis dedos en tu boca, María, dicen la tarde» y «Poesía, te oí caer sobre mis úlceras» son parte del poemario inédito *Fin de Hombre*, libro posterior a *Tufo*. Poemas que ahora tiene cabida junto al resto en esta brevísima selección que fue preparada especialmente para las páginas de la Revista Humanidades V Época de la Universidad de El Salvador.

TÚMULOS DEL ALMA

a Juanita Miriam

Una noche se la llevó la niebla
y no pudo encontrarse más en los pétalos del agua.
Ya no era ella al subir por las escaleras.
Al dormir ya no eran sus palmas sobre la cerámica del sueño.

Cuando cantó sus nupcias con las sombras
fue la madrugada quien le carcomió el rostro.
Dicen que la sangre se le secó dentro de las venas.
Los pajarillos bajaban a la sazón solo a morir a su regazo.

Se le deshojaron las palabras de todo sentido.
Errante voz era el murmullo de sus ojos.

Andaba por la casa disfrazada de satélite
y su risa era máscara de lágrima espantosa.

Su última bocanada de aire fue una caída eterna.
La abrazó la distancia del silencio cuando su alma ya no tuvo retorno
y el rostro de Dios se le desfiguró en la mente
como un plato fino que se rompe entre las rocas.

Ahora creía en fantasmas,
odiaba las flores y se las comía para la buena suerte, según ella.
Decía que las cucarachas eran ángeles condenados
que cayeron en pecados de la carne,
por eso las guardaba en una caja, dulcemente cerca de su corazón.

Un día
su cabeza explotó
y salió de ella un torrente de mariposas relampagueantes.
Para entonces ya nadie podía leer sus pasos en la penumbra.

(de *Los ángeles anémicos*, 2010)

LA HERMANA MENOR

Tengo una hermana menor,
es pequeña como la ropa que se pone.
Dentro de su garganta
flota una isla de arcángeles desnudos
y dieciséis hojas azules adornan su vientre, árbol frondoso,
donde ya la vida podría echar sus raíces.
Agita sus manos frescas y amables
entre listones blancos y rosas.
Ella es de una distancia pura,
su voz es de un estallar de lluvia
cuando la noche camina hacia el olvido.
En sus cuadernos ha trazado
los rumores e incendios de su edad
pero ha descubierto cementerios antes que jardines
y ha hecho llorar astros
como si lo hubiera aprendido de mis lágrimas.

Muchos han querido grabar el nombre de mi hermana junto al de ellos
pero el nombre de mi hermana menor es extranjero,
hecho de silencio y nube.
El aire que respira es un aire distorsionado de peces.
Ella tiene la certeza que mañana
al mundo le madurará otro golpe en las rodillas.
Mi hermana menor
ha hecho reír a moribundos
como si lo hubiera aprendido de la tristeza de nuestra madre
—ella también es melodía y migaja cuantiosa.

Suele desaparecer entre la multitud
cuando una inundación de colores
la llama desde el hormiguero.
Sus compañeros de colegio quieren ver bajo su falda.
Ella suelta su pelo en una bandada de palomas alegres
pero guarda un silencio de mayores
al recordar que se nace herida en este viento
que se retorna a hoja seca al filo de las tardes.

Ella es de un abrazo acentuado en la holgura de la bruma.
Mi hermana menor
despierta por su tos en la madrugada
y en mis sueños perturbados
grita para salvarme la vida.

(de *Agua inhóspita*, 2010)

LAS BOTAS VERDES

Te asomas a los días y todo es un adiós interminable.
Nada ni nadie puede detener la rueda en la que mordemos la carne del mundo.

El ayer
ya es memoria en los libros de los sueños.
Te asomas al espejo y no sobrevives a los pétalos duros de tu edad.

Ayer que te sabías niño
no podías con la sonrisa en tu boca dulce.
Ahora la muerte está más cerca:
tus hijos se acercan a ella
con cada nueva arruga que emerge en tu rostro.

Algo camina en nuestro sudor y no lo entiendes.
Algo nos arrastra hasta el polvo.
Nos arrastra.

No quedará sudor de nosotros
cuando Dios
decida limpiar nuestra mugre
de sus botas verdes.

(de *La ceremonia de estar solo*, 2013)

BRENDA

Un día vendrás en las cartas
que quise olvidar y arrojar por las ventanas o puentes.
Tomaré café esa tarde cuando vengas
con todo el dolor de la caligrafía hacia mi cariño.
Ya no estaré dispuesto a ver cómo te reconstruyes
desde la fibra del papel y la tinta amarga,
y caminos alrededor de las cicatrices ofreciéndote limpia,
renovada por el limo de esos desgarros.
Esa tarde tomaré café.
Voy a arrojarme por la ventana o de algún puente.

Alguno de nuestros amigos te lo contará todo en una carta.

(de *El entierro de todas las novias*, 2013)

DOÑA MONO

Aplauda sobre la mesa, lo merece.
Ha desinfectado la sala y la cocina.
Las liendres murieron, doña Mono.

Ya no hay gusanos ni cucarachas sobre los platos.
Cero moscas, todo limpio;
el piso, reluciente.

La casa no tiene polvo ni basura
y sus hijos se desparasitaron,
recogieron los envoltorios y envases de la última fiesta.
Lavaron toda la ropa, doña Mono.

Le dieron veneno al roedor que molestaba por las noches.
Ahora su vecina se ha quejado que siente tufo a rata muerta en su propio
patio.
Ría, doña Mono,
no ha podido ser mejor el día.

Mantuvo a salvo su casa.
Se terminaron las plagas de chiches, comejenes y termitas;
de piojos y familias de arañas benévolas.
Aplauda sobre la mesa,
respire con gusto el aroma a lavanda de las habitaciones.

No hay polillas en los libros o mugre en las ventanas.
Ya no hay manteca adherida al bigote de su esposo.

Aplauda sobre la mesa.
¡Bravo, doña Mono,
reina de la primavera más limpia llena de mierda!

(de Tufo, 2014)

Poesía, te oí caer sobre mis úlceras,

derramada para mí en una sola luz, abundante, higiénica.
Te oí caer y entendí la tempestad

y la sordera de quienes se comen los ojos en la noche
para no ver su herida más sucia en los espejos.

Te oí caer en el humo de mis estropajos,
y en tu cálida voz lavé mi sombra
y entendí la sangre y la fibra de tus galaxias.

Sin entender tu nombre, puse tu nombre sobre las arenas del mundo.
Olvidé el mundo y besé toda arena con mis párpados.
Porque naciste en mi mano antes que yo naciera.
Y te oí caer y eras el golpe al final de los besos, el grito al final de los
sueños.
Pero no respondí,
no respondí hasta ahora que regreso de la ruina de mí mismo,
en un galopar de furiosos caballos.
Porque abrí el cerebro de tajo, cual fruta, y lo comí entero.

Te oí caer sobre cadáveres de niños, y fui feliz.
Te oí caer entre esos cadáveres, monumental.

Te oí caer, gota de saliva,
gota de odio que encontré necesaria en la sed, en la noche, junto a las
estrellas.

Y los ídolos cayeron y también las casas.
Los años y los segundos, todo cayó contigo.

Te oí caer
y vi hombres tristes crecer a tu lado.
Hombres eternos y tristes,
y los seguí hasta olvidar la muerte y mi cadáver;
conocer el mar, abrir tus manos,
nombrar mi amor eterno;
caer sobre el mundo para oír el amor correr por todas las venas;
escuchar en tus ojos
mi sangre construir mi otro cuerpo.

(de «*Fin de Hombre*», Inédito)

MUJER BARBUDA

Abrázame muy fuerte, mujer barbuda.
Bésame con odio
porque nunca existió el amor en los caminos.
Déjame morder la navaja del vino amargo
en esta hora de la tarde.

Son las tres.
Y a esta hora zarpan los barcos,
arriban los trenes,
mueren los cristos.

Abrázame fuerte, muy fuerte, mujer barbuda
que truene mi espalda como cielo de tormenta.
Bésame con odio.
Mírame con los ojos de terror
de quien encuentra un pájaro ahogado en una lágrima.

No quiero descifrar rostros en la arena
No más sed de anillo en la garganta.

Abrázame con asco.
Sin más ánimos que el de morirte, bésame.

No quiero beber la luz de la arena.
No quiero otros nombres subiendo por mi garganta.

Abrázame fuerte
antes de caer de rodillas sobre la espuma de mayo.

Bésame.
Hazme dormir, ahorcado entre tus piernas.
Bésame como sólo lo hace una serpiente
-así,-
como apagando todas las lámparas del mundo.

Abrázame, mujer barbuda,
que de mí sólo quede el sueño y la ceniza
de un mar como espejo calcinado.

(de *Los ángeles anémicos*, 2010)

EL PANADERO ACRIBILLADO

Expele fragancia a su sangre, mi pan.
Sobre la mesa lo último de sus heroísmos
y por su memoria hasta el pan mismo silba su última tonada,
último también el recorrido por esas calles que lo trajeron hasta acá.

En este pan, mandarina y flora de las seis de la mañana
relucen las migajas de su sonrisa postrera.
Desde ahora amasará las nubes para el Dios de su esposa.
La harina se le polvoreaba de los agujeros cuando recogían su
cadáver...

Terminó su jornada en el predio baldío.
Deberá irse con una mueca más triste
que la de un muerto común
pues regalarán mucho pan dulce en el sepelio.

Hermanos, hoy tenemos la última de sus palabras,
el fruto por el cual su muerte brilla en el plato de todas y todos.
Él también entregó el cuerpo y la sangre en la cruz de un barrio.

Pero mañana lo enterrarán con mariachi barato,
entre lamentos de inconsolables hijos y de las mujeres que amó en
secreto.

Y a la mesa sucia del mundo serán los culpables
probando el pan de la mañana siguiente,
horneado, suave, con aroma a ese hombre
que no reconocerán entre sus dedos.

Expele fragancia a su sangre, tu pan.

(de *Agua inhóspita*, 2010)

PARA UN EPITAFIO

A cada pestaño,
a cada paso
la sangre se gasta en su profundo túnel de alga y arteria.

En cada verano que llega con la misma mariposa,
en cada pared donde posamos la mano
la sangre se gasta como la cera
y lacera su grito de pianos rotos.

¿Qué más balada,
si la sangre se gasta en el mar cantado?

Recae el rumor y es espesa la pregunta.
Germina un dolor de níquel en la lengua,
y qué más decir
si la lengua también se agota cuando callamos.

Es de a poco el vacío en los relojes.
¡Yermos vamos naciendo hacia otro vacío!
a cada pestaño,
a cada paso.

(de *La ceremonia de estar solo*, 2013)

GRISELDA

Doliente tú para seguir esperándote.
No dejas de mirarte con cierta escama,
aunque te abrazas en silencio con los párpados cerrados.

Has coleccionado demasiados esqueletos de hombre.
Necesitas un beso, amor,
un beso enterrado en la lluvia.

(El último amante sólo tenía lágrimas en sus rodillas,
poca carne, y era aburrido.)

Amor, mi corazón lame tus llagas.
Sabes que te espera a donde la carne repite sus temblores;
que lame tu corazón y abraza tu cadena.

Cansada,
anémica de ti
hoy estás indispuesta como para caer por tu propia mano.

¿Alguna vez dejarás tu cabeza servida a las bestias?

Corre amor, corre.
Huye de la gris celda de tu nombre.

(de *El entierro de todas las novias*, 2013)

PESTIS MAGNA

Quiero y necesito
hacer
mal
este
verso
de nosotros.

Hoy cuando el cielo se pudre
y quedan las cartas del perdón cubiertas con estiércol.

Despierta, mi enemigo,
he dicho mal la oración de la tarde,
mas llegamos a tiempo a la ruina de Dios para devorarnos uno al otro.

El universo es la herida que somos
¡No cabemos más heridos en esa herida, señores!
Venimos con el costado orinado por ratas y perros.
Venimos de la estúpida esperanza
a aprender como un corazón madura en riñón negro y duro de la muerte.

Perdido.
Todo estuvo desde siempre perdido:
El mañana, el mar y todo eso que los hombres sensatos sueñan.

Enemigo: eres el más claro de los estallidos ahora,
el único país donde estoy seguro.

Vamos a destrozarnos.
Los restos de vida útil que quedan en la ciudad
reclaman hoy que nos destacemos.

Esta ciudad es la mentira que nos dejó la mentira de la paz.
Esta ciudad es la guerra que nos dejó la guerra.

Aquí caerán los débiles.
Quienes ganen
morirán sangrando por el ano.

(de *Tufo*, 2014)

Mis dedos en tu boca, María, dicen la tarde

y la dicen con tu voz aunque tus labios no se muevan.
Debes perdonar mis dedos, María.
No quiero que las piedras se alarmen al reconocer el bosque de tu garganta.
Por eso el hielo que muerdes, por eso sujeto mi alma contra tu boca
(porque si alguien más despierta,
caerían las estrellas de su sitio
y ese escribiría con su sangre nuestros nombres
en un poema de idioma extraño.)

Ábrete, María,
sin abrir las alas de tu beso, déjalo libre.
Muévete más fuerte, sismo de larga cabellera,
penetra a través de las columnas que mi aliento te levanta.

Quiero conocerte con mis dedos en tu boca.
Quiero olerte con mis dedos en tu boca.
Para que nadie pregunte de dónde vengo,
para que nadie pregunte hacia dónde vamos.
Perdona la electricidad y el plomo de mis dedos.
Perdona mis labios que no son más labios, lejos de tu beso.

No pronuncies tu sol, no lo pronuncies.
No puedes más que fruncir el alma a esta hora tan estrecha
cuando reconozco desde tu lengua inmóvil
nuestra niebla y tu alfabeto.
Perdona mis dedos, perdona.
Perdónalos por ser tan labios en el aire
y ser pesa dura sobre tu silencio,
pero cofre sin abrir te quiero –cofre abierto,
sin decir nada más que mi piel de fugitivo...

“Los pájaros más bellos saben la hora de su muerte...”

María, te susurro al oído que los pájaros más bellos saben la hora de su muerte.

(de «*Fin de Hombre*», *Inédito*)

Vladimir Amaya

Nació en San Salvador el 18 de agosto de 1985. Licenciado en Letras, graduado por la Universidad de El Salvador (UES). Fue miembro fundador del ya extinto Taller Literario «El Perro Muerto». Ha publicado las antologías *Una madrugada del siglo XXI: poesía joven salvadoreña* (2010) y *Perdido y delirantes: 36-34 poetas salvadoreños olvidados* (Zeugma Editores, 2012). Algunos de sus poemas están incluidos en los libros colectivos *Las otras voces* (Dirección de Publicaciones e Impresos, 2011), *Las perlas de la mañana siguiente* (Ediciones Caró, 2012) y *Apresurada cicatriz. Instantáneas de poesía centroamericana*. (Editorial Literal, México, 2013). Dirigió, cuando era estudiante, el boletín de poesía “La huesera Colectiva” en el Departamento de Letras de la UES. Se dedica a la docencia e imparte talleres de escritura creativa para niños.